

mesas, se corrompió, se acarició, tanto, que se decretó la union (1707), aunque añadiendo que la iglesia escocesa sería regida únicamente por el presbiterianismo.

Aquí concluye la historia de Escocia; y lo que

había conservado de poética, desaparece para ceder el puesto á una agricultura floreciente, á los progresos de las artes y del comercio, siendo llamado el país en adelante á participar de los bienes y males de la Inglaterra.

## CAPITULO XX

### LITERATURA INGLESA.—REVISTAS.

Aquella época fué además el siglo de oro de la literatura inglesa.

Después de Spencer y Shakspeare Abraham Cowley (1618-68), autor de una *Dauidéida* y diferentes composiciones líricas, pasaba entonces por el mayor poeta de Inglaterra; desprovisto de imágenes y aun más de sentimiento, se sostenía por la brillantez de su talento que le valió una fama muy superior á la de Juan Milton, el verdadero poeta de entonces.

**Milton, 1608-74.**—Milton había comenzado por hacer versos latinos, y se elevó en el *Comus* (1634), obra modelada en el poema italiano, siendo superior á todos aquellos entre quienes se había educado, sin dirigirse á una regularidad servil, y sabiendo mejor que Johnson sacar partido de los clásicos para adquirir dignidad y elocuencia. Todo es en él correcto en la composición; casi todo en el estilo, que se sostiene á igual altura, sin declinar bruscamente como hacían sus contemporáneos; y en lo posible, en una lengua muerta, asoció la originalidad á un gran talento de imitación, uniéndole cierto aspecto de nobleza y libertad que hasta en aquellos entretenimientos revela la fuerza de un gigante. El *Lycidas*, alegoría pastoril del género de las de Italia, y en la que san Pedro figura entre las divinidades mitológicas del mar, no deja de tener el sello de una bella y graciosa poesía. Imágenes selectas y juiciosas brillan en el *Alegre* y en el *Pensativo*, en el que se encuentran bonitas alusiones y un verso sostenido. La oda sobre la *Navidad* es, según la opinión de algunos, la mejor que posee la lengua inglesa.

Milton conoció á Galileo en Italia, donde se inspiró con el espectáculo de las magníficas ruinas de Roma. Se encontró en relaciones en Nápoles con Manso, que hablaba de Tasso como de un ilustre amigo cuya pérdida se deplora, y asistió en Milan

á una representación del *Adán*, de Andreini, que, según dicen, le inspiró la idea de causar el primer pecado del hombre. Cuando estallaron las tempestades de su patria, tomó parte en las discusiones teológicas bajo las cuales se cubrían las disidencias políticas, y se abandonó á las ilusiones, á los arranques fogosos de los revolucionarios. Cromwell, á quien se había dado á conocer por sus violentos escritos, le nombró su secretario. Publicó diferentes opúsculos de circunstancias; y su *Arcopagética* es un libro lleno de elocuencia y ardiente osadía en favor de la libertad de la prensa, que el protector pensaba oprimir. Aunque sus diatribas contra el rey decapitado están llenas de bilis y pedantería, están escritas de buena fe, como también las alabanzas que dirige á Cromwell; pues nunca se desmintió su ardor democrático, su amor á las libertades constitucionales, su idea del deber, ni su valor en sostener otras opiniones que las del vulgo.

Sin ambición, y habiéndose quedado ciego, continuó ejerciendo su empleo, odiado de un partido y descuidado de otro, reuniendo de esta manera en su corazón las emociones revolucionarias de libertad, fanatismo y venganza. Cuando después pasó de la vida activa al retiro y á la meditación, cuando vió disiparse sus ilusiones y perecer á sus amigos, se consoló repasando en su memoria lo que recordaba de Homero, Isaías, Platon y Eurpides, y meditando sobre sí mismo: de aquí aquellos recogimientos melancólicos, aquella poesía interior que le dan un carácter particular. Aconsejándole un día su mujer renegase de su conciencia y repudiase su dignidad literaria para enriquecerse: «Veo, contestó, que eres como todas las demás mujeres; quisieras tener un coche. Yo quiero morir hombre honrado, como he vivido.»

Tenia ya cincuenta y nueve años (1669) cuan-

do pensó publicar su epopeya; pero el censor puso obstáculos por las alusiones que notaba en ella: por ejemplo, veía un crimen en el pasaje en que el poeta compara el esplendor empeñado de Satanás, con un eclipse, que «asusta á los reyes con el terror de las revoluciones.» Cuando pudo convertirse con la censura, se dedicó á buscar un editor, y trató, en fin, con un tal maese Simon. Se convino que recibiría por «el *Paraiso perdido*, ó cualquier otro título que quisiese dar al referido poema» cinco libras esterlinas; otras tantas cuando se vendiesen mil trescientos ejemplares, é igual suma, si se vendía igual cantidad de ejemplares de una segunda edicion.

Tales fueron las miserables condiciones con que se adquirió un poema que es la gloria en el dia del parnaso inglés. Grocio habia escrito un *Adamus exul*, del que se pretendió que Milton ha sacado la descripción de la serpiente, la súplica de Eva á su marido después de su pecado, el discurso de Adán al ángel sobre la creación, la salida del paraiso. El holandés Macropedio habia tratado el mismo asunto. Milton ha tomado evidentemente varias escenas del *Adán*, de Andreini. El jesuita alemán Masenio habia también publicado en aquella época (1657) un drama alegórico titulado *Androfilo*, en el que describe la caída del hombre, víctima de las astucias de Andromisa, salvado por Androfilo, que se ofrece como víctima expiatoria á Andropater. Milton ha tomado también de este drama diferentes ideas, y aun más del *Sarcotis*, poema del mismo autor, cuya marcha ha seguido, y reproducido con frecuencia las imágenes y expresiones. Pero el jesuita alemán ha helado su composición no poniendo en escena más que personajes alegóricos.

¿Qué importan semejantes lunares? Homero se ha servido de rapsodias y Dante de leyendas. Es poeta el que sabe dar alma á un asunto cualquiera y revestirle con inmortales flores. El asunto elegido por Milton estaba conforme al espíritu del protestantismo y á la sombría exaltación de los puritanos. La cuestión del bien y del mal, en lo concerniente á los destinos humanos y el dogma de la caída del hombre, resume las impresiones del poeta y la de sus contemporáneos; pero la creación, la caída, la redención son actos de un mismo drama y no pueden separarse. Ahora bien, el mismo Milton parece haberlo conocido; pues compuso el *Paraiso reconquistado*, poema que, según el dicho de algunos, no es inferior al *Paraiso perdido*; sin embargo, si es cierto que merece elogios por la sencillez del plan y por la vivacidad del diálogo, una continua argumentación hace cansada su lectura. El origen del hombre es de mayor interés que el sitio de Tebas, de Troya, de Jerusalem, de París ó los viajes de Ulises y Eneas. Pero en las poesías religiosas, el campo que se concede á la imaginación se encuentra necesariamente limitado. Lo era aun más en Milton, que siendo protestante, tuvo que renunciar á muchos símbolos, historias y tra-

diciones, de que Dante y el Tasso supieron sacar partido. Fué, pues, preciso buscarlas en el Talmud y en el Corán.

Como Dante, fué siempre grave y meditativo; como él, conoció que estaba destinado á regenerar la poesía; siguiendo su ejemplo, abusa de la erudición, y entra en disertaciones, alusiones y sutilezas. Se inclina á unir lo grotesco á lo terrible, y el gusto más refinado de su época no le impide entregarse siempre á una fantasía incorrecta. La monotonía del cielo de su patria perjudica á la variedad; y al paso que la luz, la música y el movimiento son las tres ideas principales de que se sirve Dante para la descripción del Paraiso, Milton emplea imágenes menos espirituales, si bien es cierto que educado en la ciudad y después ciego, es menos pintoresco que armónico. Las imágenes de Dante se ofrecen en sí mismas por lo que son; las de Milton no pueden muchas veces ser comprendidas sino por los iniciados, y tienen más valor por lo que sugieren que por lo que representan. El poeta italiano se espiritualiza en la meditación, aislándose de los pensamientos terrestres; Milton, por el contrario, queria desde luego elegir la forma dramática (tenemos el bosquejo), y su teología se dirigía al antropomorfismo y al arrianismo; de tal manera, que su dios es más material aun que lo que lo hace la lengua hebrea, y que Cristo es un ser superior, el primer nacido del Altísimo pero creado. En Dante el sentimiento es intenso; en Milton el pensamiento es elevado: el uno describe con claridad y detalle, siempre con número, con medida, con ayuda de comparaciones, porque refiere suponiendo que él mismo ha visto, tocado, experimentando el temor y la piedad; el otro procede más confusamente, como un hombre que refiere acontecimientos acaecidos á otros.

Pero Dante no habia visto más que las pequeñas agitaciones de su país, y no se hubiera atrevido á representar con hermosos rasgos á Satanás, en quien Milton manifestó los poderosos demagogos de su época (1). Los espíritus, esta máquina épica tan difícil, son en Dante personajes humanos, con caracteres también humanos; en Milton hay en

(1) «El carácter de Satanás es una mezcla de orgullo é indulgencia sensual, que encuentra en sí mismo el motivo de obrar; es el carácter que con frecuencia se observa en pequeño en la escena política; toda la impaciencia de tranquilidad, de temeridad, de astucia que distinguió á los grandes matadores de hombres, desde Nemrod hasta Napoleon. La idea que comunmente seduce la muchedumbre es que estos pretendidos grandes hombres obran por algunos grandes fines. Milton ha hecho resaltar con cuidado en su Satanás aquel amor intenso de sí mismo, aquel egoísmo superlativo que prefiere reinar en los infiernos á servir en el cielo. Poner esta pasión de sí mismo en contraste con la abnegación ó con el deber, y manifestar que esfuerzos ha tenido que hacer para conseguir su objeto, es lo que Milton se ha propuesto particularmente en el carácter de Satanás; pero ha sabido revestir aquel carácter de una sin-

ellos algo de sobrenatural, y no abstracciones ni monstruos; sólo tienen de la naturaleza humana lo necesario para ser ininteligibles al hombre; por lo demás, se encuentran cubiertos con una nube misteriosa. El poeta inglés coloca hasta entre sus mismos demonios una variedad de caracteres que hubiera parecido incompatible con el asunto, y no da á sus ángeles la perfección que no tiene mérito, porque carece de esfuerzo. Adán y Eva no aparecen tampoco en aquella inocencia que escluiría todo contraste ó toda afección, y es algo nuevo la pintura de un amor, que es una parte de inocencia y de un deleite que es una recompensa de Dios. No se podía, sin embargo, esperar que produjese curiosidad é interés un asunto tan conocido, en el que los combates entre el criador y su criatura no pueden permanecer en parangón; ni la rebelión de los ángeles ó la desobediencia del hombre escitar compasión.

Conociendo bien el teatro griego, y admirando á Eurípides más de lo que merece su mérito, Milton dispuso perfectamente su asunto, y empleo para darle color todo lo mejor que encontró en sus predecesores. Hizo prevalecer en la lengua el elemento latino sobre el elemento sajón, y tratándola como amo, violó, modificó las reglas, multiplicó las elipses, las trasposiciones, los regímenes indirectos, tomó palabras y construcciones de las lenguas muertas y de las lenguas vivas (2); de esta manera supo encontrar en todos los idiomas antiguos y modernos algunos elementos de gracia, vigor ó melodía, por medio de los cuales mostró en su mayor perfección el poder del lenguaje natal. Se sujetó con cuidado á la armonía, con el objeto de que el verso libre de que se servía no incurriese en el prosaismo; y así es que tiene pocos que sean débiles, aunque se encuentren algunos muy ásperos. No hay inglés de talento cultivado que no sepa de memoria ciertos de sus versos, que no son más que series de nombres propios, pero dispuestos de tal manera que encantan el alma y producen multitud de ideas colectivas. Ahora bien, el mérito supremo de Milton consiste precisamente en sugerir muchas más cosas de las que expresa, obligando al lector á ayudarse con la imaginación, es decir, á hacer un uso agradable de sus propias facultades.

Encuétrase en su *Sansom Agonistas*, poema lírico bajo forma dramática, que compuso en la declinación de su vida, más vigor en la idea, menos poesía en el estilo. Sus sonetos, aunque no sean ni delicados como los de Petrarca, ni brillantes como los de Filicaja, tienen la severidad de

gularidad de audacia, de una grandeza de sufrimiento, de un esplendor eclipsado, tal, que ha constituido el mayor grado de lo sublime poético.» COLERIDGE'S *Romans*, página 176.

(2) Así es que toma del italiano *imparadisare* y *franzanza*.

estilo y la unidad de profundo sentimiento que revela las alternativas de alegría y desaliento que se suceden en las almas fuertes.

¿Cómo encontrar, en tiempos tan agitados, los *pacibles oídos* que los cantos de las musas encantan? La poesía existía entonces en la acción; la literatura en los parlamentos, en los escritos de circunstancias, y la filosofía, la poética, el teatro, el dibujo adoptaban la apariencia del libelo. Apenas se vendieron en el espacio de once años tres mil ejemplares del *Paraiso perdido*; los nuevos soberanos le entregaron al ridículo de aquellas plumas venales que se encuentran dispuestas á derramar su veneno sobre todo el que no disfruta del favor de los poderosos; y fué preciso que Addison se presentase con una crítica de escuela á revelar el mérito superior.

Edmundo Waller (1605-67) adquirió mayor fama. Poeta de una elegancia fácil, exento de pedantería y de las agudezas en boga, feliz en la expresión, se sostiene siempre, aunque su imaginación no sea muy brillante. Hay más bien en él falta de defectos que abundancia de belleza. Su *Elogio* de Cromwell es enteramente armónico, pero sin vigor.

La vuelta de los Estuardos introdujo en Inglaterra la imitación francesa, y los conciudadanos de Shakspeare se resignaron á imitar la frialdad regularidad de sus vecinos; sin embargo, el genio nacional no fué sofocado. El *Hudibras*, de Samuel Butler (1612-80), fué el poema más leído, el más buscado de su tiempo; y Carlos II citaba versos al mismo autor, aunque dejándole morir de miseria. Butler hace del caballero puritano y de su escudero Rufo, lo que Cervantes habia hecho de don Quijote y Sancho. Sirvió sin duda á la causa de la paz y á la del trono, ridiculizando el celo feroz de los sectarios; pero era generoso atacar opiniones que se expiaban en el cadalso? Este poema quedó sin imitadores; pero envejeció con las ideas y los hechos á que hacia alusión. Butler decía que en los versos franceses habia uno siempre para el sentido, y otro para la rima.

Fuere posible á Rochester, en atención á que era un gran señor y á que siempre estaba ebrio, llevar la sátira á osadías prohibidas á otro. Dió pruebas de ello en la que escribió contra el hombre y contra el matrimonio, en la que revela gran fuego de imaginación y mucha más aun en el poema de la *Nada*.

La lengua inglesa se pulia renunciando á los latinismos, al farrago extranjero, á las frases extravagantes, á las antítesis y buscando la facilidad. Pero ésta degeneró á veces en descuido; y resultó algo de vulgar, que no pudiendo arreglarse á un estilo de buen tono, como la de la sociedad francesa, huele á taberna y lupanar, hasta el punto de no retroceder ni delante de las más groseras indecencias. Encuétrase un bosquejo en las fábulas obscenas, y sin embargo, muy populares, de Roger l'Estrangé.

Tal vez es en Hobbes donde se encuentra por

primera vez una buena prosa, clara, fácil, sin expresiones anticuadas, sin trivialidades ni afectación, ó al menos rara vez. Es limpia sin debilidad en Cowley, y familiar sin vulgaridad: lo mismo sucede en Velyn, que en la descripción de Inglaterra (1651) nos instruye de las costumbres de la época, principalmente de Londres, como una persona que ha visto muchos países, y que tiene horror al tumulto revolucionario.

**Dryden (1631-1701).**—Juan Dryden quiso ser todo: satírico, descriptivo, narrador, didáctico, lírico, crítico, traductor y dramaturgo: las dedicatorias y prefacios con que acompañaba á sus composiciones le valieron el nombre de crítico; pero en lugar de profundizar el espíritu humano, analiza el lenguaje y las ideas, compensando con el buen sentido la minuciosidad y capricho de las observaciones. Imita á los franceses y adopta muchos términos de ellos, pero como se haría con los nombres propios, sin alterar la precisión original de las construcciones indígenas, ni el vigor de las elipses y de las metáforas. Hasta unió á la riqueza de las figuras septentrionales una sencillez casi bíblica, y de esta manera se formó un estilo poético, que encubre la falta de genio dramático y de sentimiento íntimo. Con objeto de procurarse dinero, puso á su musa al servicio de la corte, de los salones y del teatro. Cantó al lord Protector; después se entregó en cuerpo y alma á los Estuardos hasta el grado de hacerse católico; y disfrutó como poeta de la corte una pensión de 100 libras esterlinas y un barril de vino. Pero Guillermo le quitó estas ventajas, y la nación le dejó morir en el olvido.

En *Absalon y Aquitofel*, que es su sátira de mayor estension, los dísticos son los mejores que se leen: la expresión es en ellos espontánea, el movimiento general: las transiciones tienen facilidad; y al menos sazona con talento las violentas invectivas que dirige á su época. *La Cierva y la Pantera* es una alegoría de las disputas religiosas, en la que pone en boca de la cierva los argumentos más propios para sostener la tradición católica. La oda á santa Cecilia, alabada más de lo que merece, es poderosa en el lenguaje, viva en transiciones y contrastes. Dryden tradujo felizmente algunas obras de Horacio; pero fué débil y amanerado al querer reproducir á Virgilio. No creía como Milton que el verso debiese conservar siempre el tono sostenido; como Chaucer y el Ariosto, adoptó de buen grado la expresión familiar y el estilo corriente: esto fué lo que le valió una simpática acogida á sus novelas tomadas de Chaucer y Boccaccio, aunque la forma sea descuidada. El *Annus mirabilis*, que contiene ciento sesenta y una cuartetos en versos heróicos, lo compuso en tres meses, y es tal vez su mejor obra.

Obligado por oficio á dedicarse al teatro, procuró suplir el genio con la reflexión. Reprodujo además dándoles unidad, las intrigas y los argumentos tantas veces aducidos por los clásicos.

Al mismo tiempo que Shakspeare había vivido

Johnson, escritor correcto pero de mediana imaginación; Beaumont y Fletcher, cuyas composiciones, hechas en comun, brillan por la invención y la flexibilidad del talento: la época aduladora se atrevió á hacerlos superiores al gran trágico (3); es cierto, sin embargo, que los dos *Nobles primos* y el *Caballero de la Maza roja* merecen vivir.

Esta escuela de Shakspeare concluyó cuando los rígidos puritanos dominaron. Pero la abstinencia aguijoneó el deseo: así fué que los teatros se multiplicaron después de la restauración, y hasta se admitieron las mujeres en la escena. Williams Davenant fué encargado por Carlos II para pasar á Francia, con objeto de estudiar las mejoras que se habían introducido, aprender el juego de las decoraciones movibles, y ponerse al corriente de lo que concernía á la ópera. Esta diversión era secundada por Dryden, que pretendía haber descubierto el género nuevo del drama heróico, en el que no hay más que elegancia y versos fluidos, sin pensamientos vigorosos, sin verdad de caracteres ni profundas emociones. Se dedicó á buscar grandes nombres, pero no supo ni resucitar las almas ni variar las fisonomías: le agradan los golpes teatrales, acumula los incidentes sin inquietarse de la verosimilitud, y se contenta con la magnificencia exterior y una osadía que no existe sino en las palabras, sin sospechar el poder de un carácter basado en la naturaleza. Los ingleses se fastidieron, y Dryden descendió á un género intermedio, como en el *Fraile español*, en *Don Sebastian*, en *Todo por el amor*; y siempre con un servilismo incansable introducía en sus obras alusiones contra los enemigos de sus Mecenas.

Las mejores tragedias, después de haber desaparecido Johnson, son el *Huérfano* y la *Venecia salvada*, de Otway, piezas declamatorias y medianas, que agradan, sin embargo, por lo patético, y el interés que inspira una mujer que sucumbe á desgracias inmerecidas. Las tragedias de Nicolás Rowe, llenas de dulzura y tiernas emociones, ofrecen alusiones á Luis XIV y á Guillermo III. Pasaremos las demás en silencio; y bástenos decir que

(3) Dryden los colocaba en la misma línea; hace, no obstante, justicia á veces á Shakspeare, de quien dice: «Fué de todos los modernos, y tal vez de los antiguos, el alma más grande y más inteligente. Todas las imágenes de la naturaleza las tenía presentes, y las reproducía sin esfuerzo y por inspiración. Si describe, no sólo hace ver, sino sentir. Los que le acusan de poco saber hacen de él el mayor elogio, en atención á que sabía por instinto y no tenía necesidad de libros para leer la naturaleza; se concentraba en sí mismo y la encontraba. No diré que en todo sea igual á sí mismo; sería hacerle una sinrazón compararle entonces aun á los más grandes. Es con frecuencia trivial, insípido. La fuerza cómica degenera en él en tosquedad, la elevación en hinchazón; pero es grande siempre que encuentra la ocasión; y no se dirá nunca, que habiendo encontrado Shakspeare un asunto apropiado á su ingenio, no se haya elevado sobre los demás poetas, tanto como el ciprés sobre las débiles cañas.»

muchos autores, como el mismo Dryden, pretendían rehacer los dramas de Shakspeare.

Cuando se renunció al drama romántico mixto, ambos géneros se trataron de diferente manera. Aunque dirigiéndose la comedia en el fondo á reprimir el vicio, incurria en la obscenidad, por la costumbre que había de frecuentar las tabernas, y la rudeza que reinaba en la alta sociedad, y hasta en la corte. El amor y la vida de Londres son los principales argumentos: sin embargo, se encuentran en la comedia buenas descripciones de caracteres en medio del desorden y de la prolijidad. El talento epigramático que manifiesta sin cesar Congreve es á expensas de la sencillez. Este autor, que seguía las huellas de Molière, tiene, sin embargo, un lenguaje más decente, y aquellos á quienes presenta como bribones, se expresan como caballeros.

Esta imitación francesa continuó mientras duró el período clásico, es decir, desde 1661 hasta 1714; período abundante en versificadores medianos, que tenían miedo á la prosaica muchedumbre. También se debatió en Inglaterra la cuestión de superioridad entre los antiguos y modernos. Sir Williams Temple, hombre de Estado con poca originalidad, pero sacando partido de lo que sabía, defendió superficialmente la antigüedad; por su lado más débil, es decir, bajo el aspecto de la ciencia; al paso que Williams Wolton (1694) sostenía la tesis contraria. La *Colina de Cooper*, de Juan Denham (1643), es el primer ensayo de estas composiciones locales consagradas á describir un paisaje particular, con bellezas sacadas de las reminiscencias históricas y reflexiones sobre los acontecimientos de que fué teatro. Clarendon (1674) escribió la historia de la gran rebelión contra Carlos I.

Puede decirse, en suma, que la literatura desordenada, pero con el sello del genio, sucedió á otra correcta, en la que dominaba el espíritu crítico. Habiendo recobrado su curso regular las cosas en la política y en la religión, era muy difícil sacar ninguna inspiración de aquellas intrigas sin particularidad entre la nobleza bretona y los mercaderes ingleses. La paz y el esplendor con que se rodeó el trono de la reina Ana escitaron el entusiasmo literario. Hubo un diluvio de alabanzas oficiales, todas llenas de énfasis pindárico; y es en este estilo en el que Congreve ensalza hasta las nubes á Marlborough y hasta al ministro de Hacienda Godolphin. Pero la política fué el campo en que prosperó más la literatura, multiplicando aquellos escritos vivos y rápidos que convienen á personas ocupadas.

**Swift, 1667-1745.**—Swift, escritor adusto, descuidado, fantástico, decía á Pope: «El objeto de mis obras es zaherir al mundo más bien que divertirle; y si pudiese conseguirlo sin riesgo de mi persona y de mis bienes, sería el autor más incansable que hubieseis conocido.» Sin embargo, dos mujeres se enamoraron de este hombre; otros escritores, sus

contemporáneos, le defendieron con acritud. Los señores le buscaban, y él aceptaba su protección con una superioridad llena de franqueza. Bolingbroke se asociaba voluntariamente á este terrible folletista, y Steele, patriota decidido, ya que no prudente, debió á sus artículos entrar en la cámara de los Comunes, de la que después fué espulsado.

Todo el mundo ha leído sus *Viajes de Gulliver*, relación sencilla y llena á la vez de agudezas, abundante en alusiones, y todo en ella es alma. Desdichoso de la opinión ajena, no deja de tener descripciones de un cinismo chocante; pero hace reír á los niños y llorar á las personas grandes, por aquella parodia escéptica y burlona que envilece enteramente al hombre, que manifiesta su abyección sin ensalzarle por la virtud, la ciencia, la fe en sí mismo ni en Dios. No había por lo demás gran mérito en decir verdades en un país libre, y donde había otros caminos más directos para conseguir una regeneración.

Abunda el *Cuento del Tonel*, en una amarga ironía sobre los luteranos, los católicos, los calvinistas, los presbiterianos, los cuáqueros, así como en la *Batalla de los libros* ridiculizó á los autores contemporáneos. «He visto entre nosotros, escribía á Pope, tal desprecio á la religión, á la moral, á la libertad de la ciencia y al sentido comun, que escede á todo lo que yo he leído en los autores antiguos ó modernos; ahora bien, estoy convencido de que una historia completa de las ordenanzas extravagantes, perversas, débiles, maliciosas, funestas, facciosas, inesplicables, ridículas, absurdas de este reino, llenaría doce tomos en folio de letra compacta y papel grande.»

La elocuencia, que después de la Revolución adquirió importancia en el parlamento, es muy diferente de la de los antiguos: en efecto, los oradores en los países que gozan del beneficio de la discusión pública, se ven precisados á descender á detalles positivos y prosaicos, á pequeñas refutaciones, á particularidades que, importantes al bien-estar, no pueden unirse á la poesía de lenguaje. ¿Quién toleraría en el día descripciones como las de las oraciones contra Verres, ó invectivas como las que se encuentran en las *Catilinarias* ó en las *Filípicas*? Serían acogidas con bostezos y risotadas como hubieran acogido los griegos y los romanos nuestros números. Ello eran todo pasión, y nosotros, todo razón; procuraban conmovérnoslos y nosotros convencer.

**Addison, 1672-1719.**—Muchos ingleses ascendieron á los primeros empleos por su talento oratorio, y á diferencia de los franceses, los sabios eran honrados con elevados empleos. Prior fué embajador en Francia; Rowe y Congreve ocuparon eminentes empleos; Locke fué presidente del tribunal de comercio; Newton director de la casa de moneda y miembro del parlamento. Addison fué el primero que llegó á ser ministro por ser periodista; pero habiéndose manifestado inhábil para desempeñar este empleo, se retiró, y murió lleno de disgustos.